

NOBLEZA
OBLIGA

Una lanza en favor de la creación de una Escuela de Aprendices

Por J. G. V.

Los pueblos sin historia carecen de personalidad y ésta la da la pátina del tiempo, supremo maestro, que va moldeando el espíritu de las generaciones que los han ido pobando sucesivamente, hasta llegar a la actualidad, en que, a modo de herencia, transmitida celosamente de padres a hijos, nos hallamos bajo el imperio y la exigencia nunca desmentida de una tradición que en nuestras manos está el conservar, y aun acrecentar, a ser posible.

Los destinos de villas y ciudades se hallan ligados indisolublemente a su situación geográfica. Rentería, que se honra en contar entre sus hijos esclarecidos varones y prestigiosos guerreros, desde tiempo inmemorial ha hecho del trabajo su guía y los blasones que puede ostentar son los que se derivan de su recia personalidad laboriosa. Blasones ganados en incruentas batallas por el esfuerzo común de sus hijos, que deberían estar presididos por el lema "Ars et labora". Arte y Trabajo, que de todo hay en la cotidiana labor de los obreros renterianos, aun descendiéndose de los cometidos propios de la artesanía, que en número no escaso ejercen su maestrazgo en nuestra villa y que tantas y tan excelentes muestras nos tienen dadas de su experiencia y fecundidad.

Empero, la adquisición de esta personalidad no se debe alcanzar por la caprichosa donación de sus títulos, cual en tiempos se prodigaban los honores. Esta característica la han ido forjando, en labor de años, sus hijos, del mismo modo que en una colmena el trabajo de una abeja no decide nada de por sí, pero que, con su aportación al acervo común, va consiguiendo el fin primordial de fabricar la miel.

Nobleza obliga, —dice un viejo adagio español—; y a fuer de ser sinceros con nosotros mismos, debemos aceptar las obligaciones derivadas de nuestra forzada herencia para, a tenor de los tiempos que corren, mantenerla y aumentarla en lo que de nuestra parte esté.

Sin entrar en disquisiciones de tipo sociológico, tenemos que aceptar el trabajo, por lo que representa en la vida, como una donación. Si con él cumplimos una misión que se nos plantea con toda claridad para con nosotros mismos, y además somos depositarios de una tradición jamás desmentida, justo y humano es que nos preocupemos de sus condiciones y velemos por su conservación, aquilatándolo en su intrínseco valor y procurando rodearlo de todas las facilidades que sean factibles.

Hoy, los métodos de trabajo han sufrido una evolución hondísima y a su tenor el progreso mecánico ha llegado a alcanzar metas insospechadas, obra toda ella realizada en un lapso de tiempo brevísimo, dentro de la existencia de una misma generación. La mano de obra se ha estilizado de tal manera que quien no siga el proceso de mejoración iniciado de una década a esta

parte, corre el inminente peligro de quedar rezagado, primero, y eliminado después. Y la previsión de este hecho es la que ha motivado este modesto e intencionado artículo.

¿Contamos en Rentería con medios para sobrellevar este cambio con probabilidades de éxito?

Si juzgamos por las muestras, no cabe dar paso al pesimismo... por ahora. Pero como las cosas siguen un ritmo ascendente, nuestra labor no debe prever solamente las necesidades del momento, sino pensar en el futuro, en ese futuro próximo al que estamos abocados, y para él que hace falta estar preparados.

Obvio es señalar que esta preparación no se refiere a la implantación de un utillaje adecuado, problema éste que, por la cuenta que les trae, procurarán resolverlo las empresas llamadas a ello, sino que se trata del factor hombre.

Hasta ahora, salvo raras excepciones, nuestros trabajadores manuales inician su escala de aprendizaje en el seno de las factorías en que prestan sus servicios. Humanamente, nada hay que reprochar en este sentido. Al par que adquieren los conocimientos precisos para el ejercicio de la profesión elegida, subvienen a sus propias necesidades, pero en ese futuro próximo a que hacemos referencia, ¿estarán planteadas las cosas tal como en el presente? ¿No será precisa una mayor especialización ante el empleo de una mayor y heterogénea cantidad de elementos?

Tal creemos ocurra; y en ese caso, dado el perentorio plazo exigible para la capacitación del personal, es prudente tomar las medidas necesarias conducentes a tal fin.

Rentería carece de centros docentes industriales. Hacemos esta afirmación sin olvidar que existe una institución semioficial que labora con todo entusiasmo, pero que dada la penuria de los medios con que cuenta tiene posibilidades limitadas, como limitadas han de ser sus aspiraciones forzosamente. Sin embargo, en ella tenemos un magnífico punto de partida.

El tema que nos ocupa interesa a todos por igual. Nadie puede desentenderse de él ni discutir su procedencia, y puesto que a todos, cada uno en su puesto, nos interesa, ¿sería mucho pedir que se procure poner remedio a estas cosas, acometiendo francamente la obra de la creación de una Escuela de Aprendices, al igual que las que ya funcionan en diversos puntos de la provincia, algunos de ellos, de menor densidad industrial que Rentería?

Creemos que no. Con buena voluntad y entusiasmo suponemos será factible su instauración en nuestro pueblo, ya que sólo ventajas ha de reportar, que compensarían adecuadamente el esfuerzo económico que habría de efectuarse. Además, no olvidemos que, nobleza obliga.

Representaciones
de artículos
de peluquería

Juan Olazaguirre

AGENTE COMERCIAL

Reina Regente, 4

Teléfono 1-60-61

San Sebastián